

EL PAPEL INTERNACIONAL DEL PAPADO CONTEMPORANEO (*)

I. — La universalidad pontificia en lo espiritual y en lo temporal.

LA diferencia esencial entre la Antigua Alianza — o sea el Judaísmo — y la Nueva Alianza — o el Cristianismo — consiste en que la Antigua Alianza era, por definición, la pertenencia característica de un pueblo, de una raza, de una nación elegida, mientras que la Nueva Alianza se aplica a todos los pueblos de la tierra, siendo su extensión la misma del mundo y su anchura la misma de la caridad de Cristo.

La sociedad religiosa que ella constituye aquí abajo está caracterizada por la denominación de universal, ecuménica o católica.

Por otra parte, en la Iglesia universal, ecuménica, o católica, cada uno de los órganos visibles es forzosamente particularista, en tanto cuanto está localizado sobre una parte del espacio geográfico, o que se halla circunscrito a una categoría determinada de la colectividad humana. Digamos, por lo mismo, que esto es cierto con respecto a

(*) Traducción de M. F. N.

todos los órganos visibles de la misma, salvo uno solo que es el primero y principal de todos. En efecto, el Supremo Pastor visible es único como lo es también el Supremo Pastor invisible —Cristo. El Vicario de Cristo en la tierra es el Pontífice Romano, heredero de la primacía perpetua de San Pedro, príncipe de los apóstoles. Según la fe católica, en efecto, el Pontífice Romano posee el poder plenario de gobierno espiritual con respecto a la comunidad toda de los fieles de Cristo, con autoridad suprema y definitiva de enseñanza doctrinaria. Su prerrogativa es universal o universalista. Representa y encarna el carácter de ecumenicidad o catolicidad de la Iglesia.

Lo que constituye el prestigio incomparable del Papado a la vista del mundo entero, lo mismo para aquellas comunidades cristianas disidentes con relación a la comunidad romana, que para los pueblos que viven fuera de toda influencia del cristianismo, es muy particularmente el hecho del papel universal y universalista de la Cátedra romana de San Pedro.

Es que la autoridad del Papa es supranacional, ejerciéndose no solamente sobre los pueblos latinos, sino también entre los anglosajones, los germanos y los eslavos; no solamente entre estos y los americanos sino además entre los pueblos asiáticos, africanos y oceánicos. El Papado no es pues considerado como extranjero en ninguna parte del globo. Los grandes organismos de acción religiosa, intelectual, social y caritativa a los cuales él preside con su autoridad jerárquica, se extienden de más en más a través de todas las familias humanas como de todos los continentes.

Nadie puede poner seriamente en duda que sea la Catolicidad de la Iglesia Romana, con la autoridad espiritual del Pontificado Romano, quien nos ofrece la realización la más efectiva y la más alta, aquí en la tierra, de la Unidad y Universalidad humanas, en la comunidad social del género humano.

Todo lo que precede concierne a la acción específicamente religiosa y espiritual del Pontificado Romano. Sin embargo, y por otra parte, es permitido examinar el mismo aspecto de universalismo en relación con la condición jurídica y diplomática del Poder pontificio en el dominio temporal y humano del Derecho de Gentes. Condición jurídica y diplomática que lleva el nombre de *soberanía*, en virtud de la cual el Papa es reconocido como autoridad exenta de toda relación temporal de subordinación o de vasallaje con respecto a cualquier otro Estado; pero reconocido, por el contrario, como positivamente habilitado para tratar de igual a igual con los Estados y gobiernos en el terreno del derecho público. Esta condición no es idéntica a la autoridad religiosa del Pontificado romano. *Es una consecuencia histórica y social*, resultante en el orden jurídico y diplomático de aquella autoridad religiosa. El carácter jurídico y diplomático de la soberanía del Papa en lo temporal es reconocido asimismo por pueblos y Estados que, en su mayoría real o legal, no profesan en nada el catolicismo y no reconocen pues la autoridad religiosa del Papa. La condición jurídica y diplomática del Papado es, para él, un medio de acción mediante el cual puede promover, en las relaciones internacionales, los intereses y los derechos de la gran comunidad espiritual de la cual es el jefe supremo en medio de las naciones de la tierra.

En la situación presente del mundo internacional, la soberanía del Papa está representada por dos instituciones mayores: una que había durado sin interrupción durante siglos, y que es el *intercambio de relaciones diplomáticas* con las potencias temporales; la otra, la que, después de haber sido suprimida y transformada en el curso de perturbaciones propias de la historia contemporánea, tiene por símbolo oficial, desde 1929, la posesión de un pequeño Estado territorial independiente: la *Ciudad del Vaticano*.

El intercambio de relaciones diplomáticas con las Potencias temporales se traducía, en 1931, es decir, antece-

dentamente a las perturbaciones europeas de los años más recientes, por la existencia de treinta y cuatro embajadas y legaciones acreditadas, por los Estados del viejo y del nuevo mundo, ante la Santa Sede, y por un número más o menos igual de nunciaturas acreditadas por la Santa Sede ante las Potencias temporales, con el privilegio muy característico de que, en todos los lugares donde existe una nunciatura apostólica, el Nuncio es, con pleno derecho, el decano del Cuerpo Diplomático.

Es interesante hacer resaltar que, en el Cuerpo Diplomático, acreditado ante la Santa Sede en 1931, se contaban once embajadas y veintitrés legaciones, y que, sobre treinta y cuatro misiones diplomáticas permanentes había catorce que pertenecían solamente a la América Latina. Este número ha sido, desde entonces, aumentado con otras dos representaciones venidas del mismo continente. Nombremos solamente las cinco grandes Potencias de la América Latina, cuyas representaciones cerca de la Santa Sede tiene el rango de embajada: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú. La importancia de esta lista sirve para ilustrar lo que hemos sostenido en otra oportunidad sobre la vocación "americana" de la América Latina y de la especial fraternidad "europea" de la misma América Latina.

Después del mes de enero de 1940, existe en el Vaticano un representante permanente y personal del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya misión extraordinaria se agrega, a pesar de todo, al homenaje rendido por el mundo internacional de nuestro tiempo al Papado soberano.

En lo que respecta a la Ciudad del Vaticano, creada en 1929 por el Tratado de Letran, constituye esta ciudad, según dijimos, un símbolo y una garantía de derecho público para la independencia temporal del poder pontificio.

Según los textos del citado tratado y en los hechos, la ciudad posee todas las condiciones políticamente y jurídica-

mente requeridas para la verdadera existencia de un Estado: un territorio, una población, una jurisdicción exclusiva de la autoridad pública sobre la población y libre de todo vasallaje con respecto a nadie; un poder legislativo, judicial y penal, una fuerza armada para la protección del orden público, un orden económico autónomo y netamente diferenciado, un sistema de relaciones exteriores provisto de las garantías normales y usuales del Derecho de Gentes. Esta ciudad es pues una verdad política y jurídica expresada por su denominación oficial: Estado de la Ciudad del Vaticano.

Por otra parte, las pequeñas dimensiones del territorio, el efectivo mínimo de su población, el reclutamiento muy especial de esa población, las condiciones excepcionales del funcionamiento del organismo que para cualquier otro Estado temporal constituirían condiciones evidentes de deficiencia y de inferioridad, se hacen explicables y normales en el Estado de la Ciudad del Vaticano. Las cargas y las responsabilidades políticas de una población numerosa así como la gestión considerable de intereses temporales representarían, en el mundo de nuestro tiempo, vistas las ideas y las costumbres, para un gobierno eclesiástico, un inconveniente dañoso y un entorpecimiento exorbitante. El fin del Estado Pontificio de hoy, repitámoslo, es dar un símbolo y una garantía de derecho público a alguna cosa más grande que él mismo, a una realidad inmaterial, jurídica y moral que traspone todas las fronteras. La Ciudad del Vaticano realiza y significa aquello que ella debe operar y salvaguardar como Estado pontificio.

Considerando positivamente el verdadero sentido de las cosas se notará que la concepción misma de la Ciudad del Vaticano, como todas las otras instituciones de la Santa Sede, se inspira en el Universalismo pontificio, en lo espiritual y en lo temporal.

II. — La acción pacificadora de los Papas durante los sesenta últimos años de la historia.

Durante los últimos sesenta años de historia todas las declaraciones y diligencias, asimismo infructuosas, de León XII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, en el orden de la vida internacional, han constituido una contribución memorable, emotiva, en pro de la salvaguardia y el restablecimiento de la paz de Dios en medio de un mundo trastornado. A pesar de su inevitable sequedad, la evocación lacónica de los textos y los hechos, puede ser que presente, a su manera, alguna elocuencia probatoria.

En 1885, León XIII ejerce una mediación diplomática entre Alemania y España, en el conflicto relativo a los archipiélagos de Carolina y Palaos. El Papa hizo reconocer el derecho de soberanía de España sobre los dos archipiélagos, con ventajas marítimas y comerciales para Alemania. Tuvo ocasión en el citado litigio para declarar que un derecho antiguo tiene necesidad de traducirse por un ejercicio efectivo a fin de no caer en legítimo desuso.

En 1889, en ocasión de la primera Conferencia de la Paz, León XIII, que no había sido convocado, como consecuencia de una exclusión afrentosa, dirige una carta elogiosa a la reina de los Países Bajos refiriéndose al objeto de la Conferencia y a los méritos de la Santa Sede, apropiados para contribuir al éxito de similares tentativas por la pacificación común. Mezclado, por lo menos, a los trabajos preparatorios merced a la delicada iniciativa del Zar Nicolás II, el Papa había suscitado dos notas diplomáticas del Cardenal Rampolla en favor de la creación inmediata de una institución permanente de arbitraje internacional.

En 1909, Pío X, por intermedio de su nuncio apostólico en el Brasil, Monseñor Alejandro Bavona, preside las dos Comisiones bipartitas de arbitraje internacional que propiciaron un arreglo favorable al intrincado litigio entre Brasil, Perú y Bolivia, sobre el territorio del Acre, subafluente del Amazonas.

En 1911, en Wáshington, Pío X se hace representar por su delegado apostólico, el futuro Cardenal Diómedes Falconieri, en la inauguración de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional. Bien que esta organización fuera de origen protestante, el Papa declara que una iniciativa semejante merece el concurso pontificio, ya que la paz internacional es un objetivo conforme al espíritu del Evangelio y de la Iglesia.

De 1914 a 1918, Benedicto XV multiplica sus diligencias para hacer cesar la Gran Guerra y para atenuar las consecuencias inhumanas de la misma. Este último objetivo fué mucho menos difícil de alcanzar que el primero. Más de una realización interesante fué obtenida en este orden de ideas. Las iniciativas de Benedicto XV fueron inusitadamente conjugadas con las de diversas Potencias neutrales: muy particularmente el rey de España, Alfonso XIII y el Alto Consejo Federal de la Confederación Helvética.

El 19 de diciembre de 1914 tuvo lugar la proposición pontificia en pro del intercambio universal de heridos que quedaron ineptos para luchar como combatientes.

El 11 de enero de 1915, otra iniciativa pontificia tendía a la liberación de diversas categorías de detenidos civiles.

El 14 de mayo de 1915, tratábase la hospitalización de los prisioneros enfermos en territorio neutro, especialmente en Suiza.

Más tarde, el 18 de julio de 1916, tuvo lugar la convención para tratar de la libertad de los padres de tres niños que hubieran estado cautivos durante dieciocho meses.

Tales iniciativas le valieron a Benedicto XV, en no pocos lugares, la emocionante denominación del *Buen Samaritano de Europa*.

Pero el Pontífice atribuía muy otra importancia a las proposiciones que tenían por objeto el cese mismo de las hostilidades con la subsiguiente concertación de la paz. Aquí, Benedicto XV no conoció más que fracasos, todos los cuales le fueron cruelmente amargos.

Así sucedió con el llamado de pacificación del mes de julio de 1915 y, mucho más aun, con respecto a la iniciativa del mes de agosto de 1917, ofreciendo a todos los beligerantes la mediación pontificia y proponiendo las bases que el Papa juzgaba posibles para una negociación de la paz común. A pesar del tacto político y el sentido de la equidad de que dieran testimonio las sugerencias relativas a Bélgica, Alsacia y Lorena, Europa Oriental, Países Coloniales, las proposiciones de Benedicto XV estaban muy lejos del respectivo estado de espíritu de las Potencias beligerantes como para ser seguidas de una efectiva realización. La incompreensión fué general, y Benedicto XV, apóstol de la Paz y de la futura organización de la misma, de acuerdo a justas garantías, reconoció dolorosamente haber hablado en el desierto: *Vox clamantis in deserto...*

Fué solamente después de la conclusión de los tratados de paz (concertados en condiciones ¡cuán defectuosas!), que Benedicto XV encontró una atmósfera más serena para hacer oír, en el orden puramente religioso, su enseñanza doctrinaria sobre las condiciones espirituales de la Paz de Dios. Tal fué, en el mes de mayo de 1920, el tema de la Encíclica *Pacem Dei*, que trataba de "la Paz, ese don de Dios, el más bello de todos".

Aunque de 1922 a 1939 no haya estallado una nueva guerra en el continente europeo, la amenaza de una contienda no cesó de rondar, de más en más inquietante durante los años que pasaban, acompañada de un doloroso cortejo de crisis y de trastornos económicos. Esa misma amenaza marcó con la misma señal de angustia y de melancolía el pontificado todo entero de Pío XI, tal como había marcado, poco antes, el de Benedicto XV.

Fué en el dominio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado que Pío XI conoció temporariamente el éxito de todo un conjunto desacostumbrado de felices negociaciones. Al referirnos en otros trabajos nuestros al Matrimonio y a la Familia, luego a la Escuela y a la Enseñanza, hemos hecho referencias a los resultados dimanantes de sus concordatos. La sola enumeración de los pactos concordatorios concluidos en el pontificado de Pío XI es realmente imponente.

Tres de estos acuerdos concernían a los países Bálticos: Letonia (1922), Polonia (1925) y Lituania (1927).

Otros tres pactos interesaban a los Estados de la Pequeña Entente: Rumania (1927), Checoslovaquia (1928) y Yugoslavia (1935). Pero este último no fué ratificado.

El Concordato italiano de Letrán (1929) fué el gran éxito diplomático del citado pontificado. Este Concordato político-religioso, que regula el estatuto legal del Catolicismo en el reino de Italia, solidario del Tratado político del mismo día, por el cual se creaba el Estado de la Ciudad del Vaticano, constituye uno de los dos Acuerdos de Letrán, por los cuales fué resuelta la espinosa *Cuestión Romana*. El día de la firma (11 de febrero de 1929) y el día de la ratificación (7 de junio del mismo año) quedarán como dos fechas memorables de la historia de nuestro tiempo.

La comunicación oficial de los Acuerdos de Letrán, el 7 de febrero y el 9 de marzo del mismo año, al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, han constituido, a su turno, dos fechas históricas en la vida internacional contemporánea.

Inmediatamente vinieron los cinco Concordatos germánicos cuya firma fué un incontestable éxito y cuya violación por los dirigentes del Imperio suscitó un enorme escándalo: Baviera (1924), Prusia (1929), Baden (1932), Imperio Alemán (1933) y Austria (1933 y 1934).

Se debe mencionar, además, el acuerdo con Francia a propósito de los honores litúrgicos en el Cercano Oriente

(1926) y el acuerdo con Portugal sobre la jerarquía eclesiástica en las Indias Orientales (1928-1930).

El último pacto concordatorio concluyó bajo Pío XI data de 1937 y concierne a la América Latina: es el *modus vivendi* con el Ecuador. Asimismo relacionábase con la América Latina un acuerdo misional concluido en 1928 con Colombia.

En fin, bajo el pontificado de Pío XII en el pasado año de 1940, acaba de ser promulgado el excelente Concordato de Portugal, complementado por un acuerdo misional.

El carácter distintivo de todo este derecho concordatorio es el de hacer penetrar en la legislación civil de un buen número de Estados del universo contemporáneo, ciertas disposiciones importantes de la ley canónica tocantes a la condición legal del clero, las escuelas, las asociaciones, los bienes eclesiásticos y, también, de dar una consagración jurídica en el Estado al matrimonio religioso. En relación con la evolución legislativa de todo el siglo último, este es un éxito decisivo para las concepciones católicas sobre el derecho público y un retroceso paradójico del laicismo.

A decir verdad, el mismo derecho concordatorio ha conocido desde 1936 y 1937 una rápida y dolorosa desgracia merced a las violaciones que ha sufrido en tierra germánica y a los trastornos desastrosos que la Alemania hitlerista y la Rusia soviética han infligido a la mayoría de los Estados de la Europa Central y Oriental, todos los cuales habían concluido con la Santa Sede pactos concordatorios.

Sin embargo, los textos formales y explicativos del derecho guardan en la doctrina y en las ideas un valor simbólico y significativo. Además, las realidades interesantes que continúan cristalizando sobre tantos puntos interesantes, los Acuerdos de Letrán y el Concordato de Portugal, constituyen un resultado durable y eficaz para la diplomacia de la Santa Sede en el mundo internacional contemporáneo.

Mencionemos, en último término, el artículo 3 y el artículo 7 del *modus vivendi* del 24 de julio de 1937 concertado

con el Ecuador, como un avance notable en la política religiosa de la América Latina.

El artículo 7 aplica a la república sudamericana del Ecuador, para las promociones episcopales el régimen actual de la Europa concordatoria; es decir, nombramiento directo por la Santa Sede. Pero, antes que esta designación sea promulgada, consulta confidencial al poder secular sobre las posibles objeciones de carácter político general que pudiere presentar la elección de tal candidato para tal o cual puesto vacante.

El artículo 3 está emparentado a ciertas disposiciones de diversos Concordatos europeos sobre las minorías nacionales y lingüísticas y, mucho más todavía, a los artículos 22 y 23 del Pacto de la Sociedad de las Naciones, concerniente a los territorios bajo mandato y al conjunto de los países coloniales. Según ese texto, está estipulado que la Iglesia y el Estado colaborarán *al mejoramiento material y moral del indio ecuatoriano, a su incorporación en la cultura nacional y al mantenimiento de la justicia social*. No hay necesidad de insistir más largamente para dejar establecido cuan cercana está la diplomacia concordancista del Papado soberano de las preocupaciones más características de la vida internacional del tiempo en el cual nos toca vivir.

III. — El ideal supremo de la unidad humana en Cristo.

A los ojos de la humanidad civilizada fué una verdadera apoteosis la que terminó el pontificado de Pío XI, señalado, sin embargo, por tantas peripecias dolorosas, y la que inauguró el reinado de Pío XII reservado para experimentar desgarramientos aún más afrentosos. La mentada apoteosis respondía, en el primer caso, a la universal admiración, y, en el segundo, a la universal esperanza.

Aquello que caracteriza el período final del pontificado de Pío XI puede ser asociado a la fecha de la Pascua de 1937. En este día se celebraba en San Pedro, de Roma, *la fiesta de las Tres Encíclicas* que el Papa acababa de publicar en el curso del mismo mes de marzo. Habían tenido por tema las tribulaciones de la Iglesia en Alemania hitlerista, en Rusia soviética y en Méjico anticlerical. La repercusión de la actitud pontificia fué enorme en todos los países, y aun mismo fuera de las esferas religiosas. La ideología soviética y la ideología nacional-socialista, con los métodos de gobierno que ellas tendían a introducir ahí donde ellas reinaban, proponiendo de suyo un ejemplo universal, suscitaban por todos lados tal repulsión y tales angustias en las conciencias rectas que se experimentó en todo el mundo una emoción liberadora cuando se fué aprendiendo, poco a poco, con qué claridad, con qué energía, asimismo con qué suprema imparcialidad, la autoridad de Pío XI reprobaba tales ideologías estigmatizando semejantes métodos.

Durante los dos últimos años de pontificado, se puede decir que la opinión universal prestó atentos oídos a fin de recoger cada palabra de Pío XI, para señalar con predilección y admiración cada diligencia y cada gesto mediante los cuales el Papa de Roma se hacía, a los ojos del mundo profano tanto como a los del mundo creyente, el guía y el intérprete calificado de la conciencia universal. He aquí el hecho histórico internacional del cual todos hemos sido testigos.

La misma unanimidad moral, la misma reacción psicológica de orden universal y de universalismo reprodujose o más bien se prolongó posteriormente a la elección y subsiguiente coronación de Pío XII, cuando por todo el orbe se supo que Pío XI tendría por sucesor al confidente más íntimo de su pensamiento, al colaborador más eficaz en su labor de Pastor Supremo durante toda la última década de su pontificado. Entonces, también, — y es oportuno y necesario

repetir la palabra — la expresión del favor y de la gratitud públicas tomó el carácter de una "apoteosis" pletórica de confianza y ubérrima de amor.

Las fiestas de la coronación fueron seguidas como no lo habían sido jamás, en todo el universo, festividades similares referentes a los predecesores de S. S. Pío XII. Por una parte, gracias a la entrada en vigor de los Acuerdos de Letran, Roma pontificia pudo hacer revivir las grandiosas ceremonias cuya tradición se había interrumpido después de la caída del poder temporal de los Papas en 1870. Por otro lado, la radiodifusión permitió, por vez primera, en semejante circunstancia transmitir directamente el eco real de la misma a cada una de las regiones del antiguo y del nuevo mundo. Además, y sobre todas otras cosas, la curiosidad pública y la simpatía general puestas en evidencia en relación al Pontífice Romano, hacían que las posibilidades inmediatas de seguir la espléndida ceremonia de la coronación de Pío XII vinieran a concordar con el entusiasmo de la humanidad civilizada moralmente unánime.

Esto renovaba, en una nueva ocasión, la misma reacción espiritual que el mundo había experimentado el 29 de septiembre de 1938, cuando, gracias a la radiodifusión, el universo entero había oído, durante las angustiosas horas de Munich, orar a Pío XI por la paz de los pueblos y ofrecer su propia vida por la concordia del género humano.

Todos los actos de los primeros meses del reinado de S. S. Pío XII llevaron al mundo entero la impresión de un único desvelo paternal y ansioso por la paz internacional. Los antecedentes diplomáticos del nuevo Pontífice orientaban excepcionalmente su espíritu y sus pensamientos hacia ese orden de problemas. Por otra parte, además del recurso sobrenatural a Dios Todopoderoso, todo aquello que podía ser tentado razonablemente a fin de salvar la Paz, inculcando a los gobernantes y a los gobiernos de todos los pueblos en desacuerdo que un arreglo pacífico era posible y postulado

por las consideraciones las más imperiosas del buen sentido político como del deber moral; todo esto fué intentado por Pío XII con una resolución enérgica y clarividente que perseveró hasta el último instante.

Fué principalmente a propósito de la espinosa cuestión de Dantzig que ejerció su acción, ya pública, ya secreta, siempre sagaz y competente de obrero imperturbable de la Paz. Es necesario testimoniar otro tanto respecto de las diligencias no menos llenas de tacto con que Pío XII trató de conjurar discretamente la participación de Italia en la guerra actual.

Hemos señalado ya como, en las postrimerías de 1939 y en los inicios de 1940, se habían creado nuevas relaciones oficiales y permanentes entre la Santa Sede y los Estados Unidos de Norteamérica en pro de una mejor contribución eventual a la pacificación del universo.

En todas las capitales, cada una de las declaraciones de Pío XII respecto de las condiciones morales propias del buen entendimiento político entre los pueblos, era acogida como un auspicioso episodio de la vida internacional.

Los Acuerdos de Letran habían recibido, en el curso del mismo período, una consagración brillantísima y sobre todo recalcada por la visita del Rey Victor Manuel y de la Reina Elena, de Italia, al Palacio Pontificio del Vaticano, como también, y muy luego, con la visita solemne devuelta por S. S. Pío XII, él mismo, al rey y a la reina de Italia en el Palacio del Quirinal. Ese día, el Pontífice había expresado un emocionado y magnífico voto: *que el recuerdo de todas las querellas del pasado fuera por siempre anegado en las aguas del Tiber y arrastrado por este al mar Tirreno, pero que su limo fecundo hiciese florecer en las dos márgenes del Tiber ramos de olivo!*

El cruel acontecimiento de la entrada de Italia en la contienda sumándose a los beligerantes, mientras promediaba el mes de junio de 1940, proporcionó, a lo menos, la

ocasión de aplicar las todavía inéditas disposiciones de los Acuerdos de Letrán. Los representantes diplomáticos de las Potencias beligerantes, en guerra contra Italia (Francia e Inglaterra) mas acreditados ante la Santa Sede Apostólica pudieron, gracias a las inmunidades internacionales de la Ciudad del Vaticano, permanecer en su puesto durante el curso mismo de las hostilidades. Cosa que había sido imposible durante la Gran Guerra de 1914-1918, y que surge sin embargo de la nueva condición jurídica de la Santa Sede entre las Potencias y en la vida internacional de nuestro tiempo.

Si existe un rayo de esperanza para el mundo contemporáneo, afrentosamente desgarrado por la presente guerra, de recobrar en horabuena, y en un futuro mejor, bendecido por Dios, las más sólidas garantías de una paz conforme al derecho y digna de la civilización humana y cristiana, la experiencia de la lejana historia secular, así como la experiencia de los últimos sesenta años de historia contemporánea, ¿nos permiten poner siquiera en duda cuál es el guía, cuál es el consejero, cuál es el obrero del porvenir a quien señalan sus propios méritos?

Posteriormente al comienzo de la presente guerra, el acto mayor de la enseñanza Doctrinal de S. S. Pío XII será la Encíclica *Summi Pontificatus*, del cual, precisamente por las causas sobre las que acabamos de insistir, las lecciones no pasarán inapercibidas a la sociedad profana. A bien decir, la sociedad profana busca en ese documento sobre todo las alusiones contemporáneas y políticas; pero los juicios esenciales no podrán escapar a ningún lector dotado de alguna dosis de discernimiento.

En esta Encíclica, el Papa atribuye el universal trastorno del cual la sociedad humana da hoy día un espectáculo escandaloso, al desconocimiento, en muchos hombres y muchos pueblos, de la ley providencial y fundamental de la unidad y solidaridad humanas, así como de la existencia de una ley suprema de moralidad que se impone a todos

los pueblos y que debe regir sus relaciones mútuas en la justicia y la caridad. Es la enseñanza capital de la unidad del género humano en la comunidad de una misma naturaleza y bajo la autoridad suprema de un mismo Padre que está en los cielos. Verdad de razón natural, confirmada, consagrada, sancionada por la revelación sobrenatural. Verdad propagada aquí en la tierra por la Iglesia Católica entre todos aquellos que consienten en escuchar y observar su mensaje. Verdad que, sola ella, puede fundar un orden internacional en el cual el derecho y el deber encuentren su justa armonía y en donde los acuerdos internacionales puedan obtener su garantía y su salvaguardia eficaz.

Este era, en particular, el sentido del memorable texto cuya lectura fué hecha en una decisiva circunstancia el 14 de diciembre de 1939, en el Consejo de la Sociedad de las Naciones, por un alto representante de la América Latina, Costa du Rels, delegado de Bolivia.

Nada podría manifestar de manera más significativa el testimonio dado, en nuestros días, por la autoridad pontificia, según las implicancias de su característica misión, a la Unidad y a la Universalidad humanas en el Reino de Cristo Salvador.

La Unidad y la Universalidad humanas que reivindica la Santa Sede de Roma, se eleva todavía a una esfera mucho más alta que la concordia política y social entre las naciones. Apunta a la concordia religiosa entre todas las comunidades cristianas, guardando cada una sus ritos y sus caracteres específicos, en la unidad de un mismo rebaño bajo el cayado de un mismo Pastor, visible e invisible. Tal ha de ser la esperanza obstinada de todos los nobles creyentes que han aspirado a la universal reconciliación entre los fieles de Cristo. En verdad, no nos reconocemos el derecho de sacar ventajas de la división de la Cristiandad!

Pero mucho más vasta sería la Unidad y la Universalidad religiosas del género humano entero en la profesión de una misma doctrina, de una idéntica observancia, bajo la

cutoridad de una misma jerarquía, juxtapuesta a la diversidad psicológica y humana de los diversos pueblos. He aquí hacia dónde tiende hoy el Papado más que nunca, en su esfuerzo contemporáneo, a través de las regiones que han quedado, hasta hoy, extrañas al divino mensaje del Evangelio. El sentido del desarrollo contemporáneo del apostolado misional es demostrar a todos los pueblos infieles que la religión católica, apostólica y romana es francamente compatible con todas las formas legítimas y razonables de sus respectivas civilizaciones, de sus actividades humanas, sociales, intelectuales y artísticas. Todas las familias humanas pueden y podrán tener en la misma Universidad católica su clero y su episcopado distintos, sus diferentes formas de actividad religiosa. Pío XII ha recordado él mismo todas estas cosas, en la Encíclica *Summi Pontificatus*, en la cual mostraba la síntesis armoniosa de particularismo y de universalidad legítimas de la unidad y de la diversidad humanas por la doctrina y por la virtud del Evangelio y de la Iglesia.

Con ocasión de la Exposición Universal de 1937, en París, se constituyó un Pabellón de la Corporación Intelectual Internacional a fin de hacer resaltar las instituciones que propagaban eficazmente el beneficio de la pacificación entre los diferentes pueblos de nuestra época. La idea fué de consagrar un *stand* a los Congresos Eucarísticos Internacionales. Esta iniciativa, sorprendente en un medio laico, había tenido por autor a Celestin Bouglé, director de L'Ecole Normale Supérieure, quien había sido uno de los teóricos más influyentes del laicismo oficial de Francia en todo el curso del último medio siglo, y que, en vísperas de concluir su vida, modificaba curiosamente su lenguaje rindiendo un testimonio de más en más claro y respetuoso de los beneficios morales y sociales del Catolicismo. Todavía otro signo más tras muchos otros coincidentes en el mismo sentido: los Congresos Eucarísticos Internacionales tuvieron pues su *stand* en el Pabellón de la Corporación Intelectual en medio de las

instituciones contemporáneas cuya acción era la más onerosa aquí en la tierra para hacer comprender la Unidad y la Universalidad humanas y servir a la idea de la Paz entre los pueblos, a pesar de todas las tormentas.

Pocos años antes, en 1934, fué en Buenos Aires que el Congreso Eucarístico Internacional acababa de desplegar sus esplendores religiosos, forjadores de paz, de concordia, de universalismo y de caridad. La Divina Eucaristía había aproximado a todos aquellos que el océano separa y que a veces separan abismos terrestres más profundos que los del mismo océano.

En la triunfal procesión que clausuró el Congreso, el Legado Pontificio que hacía descender sobre el pueblo de la Argentina y sus jefes, y, con él, sobre todos los pueblos del mundo, la bendición del Dios de la Eucaristía, se llamaba Eugenio Pacelli, entonces Secretario de Estado de Pío XI, y hoy día Papa bajo el nombre de S. S. Pío XII.

Sea permitido a una voz francesa, en medio de horas desgarradoras para el mundo cristiano y el mundo latino, unir al homenaje de este pueblo católico el de su propia fe, de su amor y de su incoercible esperanza.



† YVES DE LA BRIÈRE, S. J.

Redactor de ETUDES